

UN TESTIGO DE LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA

En 1912 el escritor **Ciro Bayo y Seguro** publicó un libro al estilo de los libros de viaje: «*Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo*». Editada entonces por J. Pueyo, esta obra, más citada que leída, aparece de nuevo con un prólogo explicativo de Alicia Redondo que la califica, con justicia, como «uno de los pocos relatos literarios que nos quedan de la segunda guerra carlista...»¹

Y relato de un testigo es, en efecto, aunque apareciera treinta y siete años después, y aunque el autor intercalara entre sus recuerdos guerreros de adolescente, el reflejo de sus lecturas clásicas de madurez y personajes y episodios acaso imaginarios o novelescos.

No poco tiene también de libro de aventuras, porque aventurera fue la vida de don **Ciro Bayo** (nacido en Madrid en 1859 ó 1860), que viajó por América del Sur, donde fue maestro en un rancho de la Pampa, periodista en Tucumán y frustrado viajero ecuestre desde la Patagonia a Chicago... «El último de los exploradores de Indias» le ha llamado Julio Caro Baroja, que trató cuando era niño a este singular don **Ciro**, gran amigo de sus tíos y de su padre, el editor **Caro Raggio**². Bayo hizo un viaje con Pío y Ricardo, en burro, de

Madrid a Yuste. La excursión sirvió a Pío Baroja para componer pasajes de «*La dama errante*», novela que relata la huida de María Aracil y su padre hacia Portugal, camino de Londres; padre e hija huyen tras el atentado de Mateo Morral (Nilo Brull en la ficción barojiana) al rey Alfonso XIII en el día de su boda... Don **Ciro** también utiliza el viaje en uno de sus libros («*El peregrino entretenido*»).

Aquí, aquel modesto jumento se convirtió literalmente en «fogoso ca-

«*Marcial, a pie, con el machete al cinto, su chambergo, sus botas y bufanda, el gran Pío Baroja va en demanda del sitio do muriera Carlos Quinto.*»

Después de transformar al pacífico don Pío en un soldado de los Tercios, podría parecer poco fiable históricamente el libro sobre Dorregaray. Y, sin embargo, no es así. Es, como hemos señalado, el libro de un testigo, antes que cualquier otra cosa. Y es por eso historia de primera



El general carlista Antonio Dorregaray (1823-1882). **Ciro Bayo** fue su escribiente durante las campañas del Maestrazgo, que relata en su libro «*Con Dorregaray, una correría por el Maestrazgo*»...

ballo», según cuenta Julio Caro que contaba su tío.

Este dice en sus *Memorias*³ que poco después del viaje recibió un soneto de Bayo, donde —con idéntica técnica transmutadora a la usada en el trasvase biológico de burro a corcel— lo describía así:

mano. La que sería, a juicio del autor, historia de la mejor ley, según hace decir a uno de sus personajes (el comandante Morinchón): «No cabe duda que las mejores historias son las que se escriben por quienes las vivieron y actuaron en ellas de uno u otro modo...»

Bayo vivió de niño - adolescente esta segunda guerra carlista y su testimonio tiene el interés de lo directo. Así vemos los lugares por donde

¹ **Ciro Bayo: Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo.** Madrid, Ediciones del Centro.

² Julio Caro Baroja: **Don *Ciro Bayo y Seguro* (1859-1939) o un escritor aventurero, conferencia recogida en «*Semblanzas Ideales*», Taurus, 1972.**

³ Pío Baroja: **Desde la última vuelta del camino, memorias; Galería de tipos de la época, obras completas, tomo VII, págs. 851.** Madrid, Biblioteca Nueva, 1949.

pasó o vivió algún tiempo: Valencia, Sagunto, Segorbe, Mosqueruela, Cantavieja, Vistabella, Villafranca del Cid, Iglesuela, Cariñena, Villar de los Navarros, etc... Y vemos, por otra parte, los generales y personajes que conoció más o menos de cerca: Martínez Campos, Dorregaray, Cucala, Gamundi, Boet... A Dorregaray casi desde la intimidad, porque llegó a ser amanuense en su secretaría: «Tenía Dorregaray acento algo valenciano, por más que él era de nacimiento ceutí. Dictaba bien, con relativa elocuencia, pero puesto a escribir era más descuidado; yo no era quien para enmendarle la plana, pero cierta vez que me dio a extender una minuta lo hice con tal primor, que él me demostró su complacencia»... Y más adelante escribe: «Era don Antonio muy religioso; tenía mandado que los batallones rezaran el rosario todas las tardes, al toque de oración. Las fuerzas se reunían en El Calvario; un capellán castrense rezaba en alta voz la corona de la Virgen, y generales, jefes y soldados acompañaban de pie y con la cabeza descubierta. La asistencia a misa no era obligatoria, sino en los días de precepto, pero el general la oía todas las mañanas en el templo parroquial, al que iba acompañado de un ayudante, y no pocas veces confesaba y comulgaba. De su estancia en Cantavieja recuerdo tres anécdotas.»

Una de ellas es la del «Inútil», un muchacho de Cantavieja, bautizado así por el propio Dorregaray, y que luego de corneta será un héroe en los combates del Monlleó... Jove personaje, inventado o no (¿y quién lo averigua hoy?), parece representativo de los tipos que Bayo conoció y describe, como los comandantes de armas o la amalgama de jefes carlistas, enfrentados y celosos entre sí...

Junto a esto, don Ciro mete a cada paso sus citas de cultura clásica y sus disertaciones de arbitrista, influido en lo primero por sus muchas lecturas y latines, influido en lo segundo por sus muchas y plurales escrituras de extraños manuales de gimnasia o higiene sexual que tenía que redactar para ir tirando. En un párrafo compara, por ejemplo, el fútbol («foot ball») y la pelota, sacando deducciones sobre el carácter inglés y el español. ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

AGRICULTURA Y COMERCIO COLONIAL

Con el título de «Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea» se publican ahora las Actas del I Coloquio de Historia Económica de España, celebrado en Barcelona los días 11 y 12 de mayo de 1972. De la edición se han encargado Jordi Nadal y Gabriel Tortella. Pierre Vilar y Ramón Carande patrocinaron el coloquio. El volumen recoge las ponencias correspondientes a las dos primeras sesiones (agricultura, presidida por Ramón Carande, y comercio colonial, presidida por Felipe Ruiz Martín), pues las presentadas a las otras dos (industria y sistema financiero) han sido publicadas en su mayoría en revistas especializadas o recogidas en libros.

Antonio Domínguez Ortiz («La rentas episcopales de la corona de Aragón en el siglo XVIII»), a través de una documentación hasta ahora prácticamente desconocida, estudia los ingresos de las diócesis aragonesas que se podrían clasificar en tres grupos: pobres (Albarracín, Barbastro, Huesca, Jaca, Seo de Urgel, Solsona y Vich), normalmente dotadas (Gerona, Lérida, Tarragona, Tarragona y Tortosa) y ricas (Barcelona, Orihuela, Palma de Mallorca, Segorbe, Tarazona, Valencia y Zaragoza), sobresaliendo entre éstas Zaragoza y Valencia, comparable la última a Granada o Santiago.

Jaime García - Lombardero («Aportación al estudio del sector agrario en la Galicia del siglo XVIII. Un contraste con Cataluña»), «pone de relieve ciertas características comunes en el desenvolvimiento económico e institucional en el siglo XVIII, de los países gallegos y catalán». Durante el siglo XVIII, Cataluña y Galicia aumentaron de población por encima de la media peninsular. En Galicia continuaron los cultivos tradicionales, especialmente el vino. A finales del siglo XVIII sólo se cultivaba el 15 por 100 de la superficie regional y el 52 por 100 de la tierra cultivada pertenecía a manos muertas. Mercados dispersos, autarquía comercial y es-

caso transporte completaban el panorama. El sistema de foros, en un principio medio de distribución de la propiedad, dio lugar a una estratificación social muy rígida: clero, muy numeroso y rentista; alta nobleza, propietaria, absentista y suntuaria; «middlemen», clase intermedia, cuyo comportamiento económico no está suficientemente aclarado, y campesinos - labradores, mayoría de la población muchas veces por debajo de los niveles de subsistencia, que no tiene otra salida que la emigración.

Francisco Tomás y Valiente («Algunos ejemplos de jurisprudencia civil y administrativa en materia de desamortización») nos muestra en 15 documentos (de 1860 a 1866), de los que los juristas denominan «de aplicación del derecho», el riesgo de tomar demasiado al pie de la letra los boletines de ventas en los estudios de la desamortización. En efecto, los protocolos notariales dan cuenta de que «entre el anuncio —o incluso entre el remate— y el otorgamiento de la escritura podía haber (y de hecho las hubo), sustanciales diferencias, relativas, por ejemplo, a la persona del comprador o a la forma de pago». Las sentencias analizadas tienden a confirmar sistemáticamente la validez de las ventas efectuadas, amparando a ultranza la seguridad jurídica de los compradores, aunque a causa de los «errores» llegaran a venderse como fincas de 30 fanegas alguna que en realidad tenía 200.

Pascual Marteles López («Para un método de estudio de la desamortización en España»), recordando las palabras de Vilar: «Si el historiador siente la necesidad de calcular, es preciso que sepa hacerlo bien. Si el economista siente la necesidad del documento, ha de saber aquilatar su valor», elabora un cuidadoso esquema para el tratamiento de la información sobre la desamortización a base de ordenadores, al mismo tiempo que sienta las bases para la planificación de su estudio.

Emiliano Fernández de Pinedo («La entrada de la tierra en el circuito comercial: la desamortización en Vascongadas. Planteamiento y primeros resultados»), a través del estudio de 18 localidades vascongadas, demuestra que la desamortización anterior a Mendizábal liquidó en varias